

JAIMES FREYRE, CUENTISTA Y NOVELISTA *

LOS CUENTOS

Salvo la más persistente y compacta labor historiográfica, la obra de Jaimes Freyre se caracteriza por la brevedad y variedad. Es decir, pues, que, dentro de un número no extraordinario de obras, vemos en él representados casi todos los géneros: lírica, drama, cuento, novela, crónica de viaje, crítica literaria, tratado didáctico, etc.

¡Lástima que en el caso de algunos sectores lo que dejó ha sido tan poco que apenas si alcanza para ahondar en tales obras! Así, nos encontramos frente a un grupo reducido de cuentos (cuatro son los que conozco) y a capítulos de una novela.

En principio, interesa destacar que entre la novela y los cuentos de Ricardo Jaimes Freyre hay cierta coincidencia cronológica, coincidencia que puede circunscribirse en el primer decenio del siglo, sobre todo en las páginas de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*. Efectivamente, allí se publicaron los cuatro capítulos conocidos de *Los jardines de Academo*, y allí se publicaron tres de los cinco cuentos que conozco. El primero, *Zoe*, se publicó en la *Revista Azul*, de México (V, núm. 4, 1896), el segundo, *Los viajeros*, en el *Almanaque Sudamericano*, de Buenos Aires, junio de 1900. Los tres publicados en la *Revista* son los siguientes: *Zaghi, mendigo* (III, núm. 17, 1905), *En las montañas* (V, núm. 29, 1906), y *En un hermoso día de verano...* (VI, núm. 33, 1907).

* No ha sido fácil reunir el escaso material que presento aquí, ni lo presento tampoco como un material extraordinario. Pero, por lo menos, cabe la satisfacción de esperar que este aspecto (junto con otros sectores desconocidos) contribuya a completar el perfil literario de este meritorio campeón del Modernismo.

Antes de detenerme en los cuentos, es indudable que conviene decir algo sobre el cuento en sí y su especial brillo y renovación en la época modernista.

A su vez, esto no supone afirmar — como a menudo se hace — la inexistencia del cuento en la época romántica. Hay una abundante producción de cuentos románticos en América, con predilección hacia el tema sentimental o costumbrista. También, el que se vincula a lo legendario, a lo histórico; menos, el que se vincula a lo social. Pero el romántico americano prefirió, mejor, la novela, y nos dejó, así, una nutrida producción que forma adecuado paralelo a la difusión coetánea de la novela en Europa. En algunas regiones americanas puede hablarse — ya en la segunda mitad del siglo — de novela y cuentos realistas (y aún naturalistas), pero esta presencia es bastante irregular. De todos modos, el romanticismo, en géneros como la novela y el cuento, suele desbordar sobre aquellos...

Con el peligro que entraña toda comparación rotunda, diré que el modernismo se caracterizó más — a la inversa de la época anterior — por el cuento que por la novela. De nuevo, hay que aclarar que existe una novela modernista, pero que lo que se da con mayor abundancia y riqueza es el cuento. Grandes cuentistas fueron Darío, Gutiérrez Nájera, Quiroga, Lugones, Pedro Emilio Coll (sin entrar, con respecto a alguno de ellos, a mayores precisiones de escuela).

En general, el cuento modernista se distingue por su acendrado lirismo; descubre al poeta que escribe en prosa. Valen, por lo tanto, para el cuento modernista, los principales caracteres señalados para su lírica (es decir, lírica como punto de arranque, columna vertebral y triunfo de la tendencia).

Como temas, prevalecen los temas exóticos, el relato fantástico, el rasgo de ingenio; como desarrollo, el ritmo poemático, el sentido lírico, la riqueza ornamental; como expresión, simetrías, similitudines, polisíndeton.

Entre otras cosas, corresponde al modernismo el mérito capital de haber revalorado el cuento. Bien sabemos que no hay géneros menores y que un buen cuento — aunque algunos piensen lo contrario — vale más que una mediana novela.

Al modernismo — repito — pertenece el galardón de haber contribuido en mucho a lo que hoy significa el cuento entre nosotros. Creo también que de aquella época arranca la consideración del cuento como género complejo, de insospechados rumbos en contenido y expresión, por encima de la aparente facilidad que parece trasuntarse en el relato por lo común breve del cuento ¹.

Los cinco cuentos de Ricardo Jaimes Freyre son indudables cuentos modernistas por sus temas y factura, aunque dos de ellos nos presentan — como tema humano — el tema del indio. Los otros tres desarrollan temas más afines a lo conocido de Jaimes Freyre: *Los viajeros*, la historia de Anthropos el Ermitaño; *Zaghi*, la historia de un mendigo en la China milenaria; *Zoe*, la historia de una cortesana en Bizancio.

Zoe es una cortesana griega que en la corte de Nicéforo de Bizancio deslumbra por su belleza. A la belleza une conocimientos y habilidad dialéctica. Hasta su palacio llegan los más altos personajes del Imperio y le rinden pleitesías generales victoriosos, prelados y doctores.

Zoe ha sido penetrada por la doctrina de Cristo, si bien pocos conocen esta conversión y la imagen de Zoe es más bien personificación del paganismo.

En este ambiente de lujo y corrupción, un humilde soldado, Romano, se atreve a declarar su amor a la cortesana y la logra con el calor de su palabra, mientras resaltan en Zoe y su ambiente una infusa mezcla de paganismo y cristianismo.

Anthropos, antiguo trovador y caballero, encierra en una ermita la indiferencia de su corazón. A la ermita de Anthropos llegan los viajeros. El primero es un hombre de noble y severo aspecto. Anthropos le cede su lecho y a la mañana siguiente lo encuentra muerto, con mirada de infinita paz. El viajero era un rey vencido.

¹ No conozco ningún buen estudio general sobre el cuento modernista. Como estudio parcial, señalo aquí el excelente prólogo de RAIMUNDO LIDA a los *Cuentos completos* de RUBÉN DARÍO (México, 1950, págs. VII-LXVII).

El segundo viajero tiene mirada sombría y aspecto sórdido. “ — He aquí — le dijo el huésped — que un tesoro está escondido bajo tus pies”. Pero Anthropos, después de alojarlo, lo deja ir y lo olvida.

El tercer viajero es una mujer de extraordinaria belleza. Una noche se queda la mujer en la ermita, pero el corazón de Anthropos sigue frío como un muerto.

Ya ciego, un cuarto viajero llega a la ermita. Viajero de rostro suave y pálido, y profundamente doloroso. Al decir el viajero: “ — Te traigo la paz”, se rompió la indiferencia del corazón de Anthropos, y Anthropos murió de terror.

Zaghi, mendigo es la historia de una superchería. Zaghi, deforme y harapiento, hijo de uno de los mensajeros del Gran Khan, encuentra las tablillas de oro del Gran Emperador. Con la caja se dirigió a la ciudad de Pian-Fú, mientras resonaban en sus oídos palabras de su padre: “ — Zaghi, hijo mío, es necesario que seas feliz”.

En Pian-Fú el Khan lo recibió como enviado del Rey de los Reyes y le cedió su palacio. Todos se le humillan menos un sacerdote de Buda, quien demuestra conocer el secreto de Zaghi.

A partir de este momento, Zaghi piensa en la muerte, pero piensa también en las palabras de su padre. Busca un soldado tártaro y le ordena estar cerca suyo con un largo puñal, y apresura una vida de placeres, cacerías, festines, desfiles, mujeres...

Tres semanas duraba el señorío de Zaghi, cuando volvió el lama. Zaghi se puso sus harapos y siguió al sacerdote hasta la tienda del Gran Khan. Zaghi se humilló, contó su historia, y el Gran Khan le dijo: — No morirás aún... pero que el soldado te mate en el momento en que vayas a ser feliz, no cuando lo seas.

El lama escuchó la sentencia, sonrió y comentó: — Has condenado a Zaghi al mismo tormento a que la naturaleza te ha condenado a ti y a tus súbditos. Para los hombres, la muerte llega siempre en el momento en que van a ser felices...

En las montañas es una historia de despojos y de venganza. Alvarez y Córdoba, dos blancos, despojan a dos indios, Tomás y Pedro Quispe. Alvarez despoja a Tomás de su caballo; Córdoba, a Pedro de sus tierras. La soberbia de los blancos apresura la venganza. Desde lo alto del cerro, el cuerno de Pedro Quispe convoca a los indios y grandes piedras comienzan a caer sobre Alvarez y Córdoba, mientras éstos avanzan por un desfiladero. La parte final es la narración del suplicio y de la lenta agonía, en medio de las libaciones de los indios.

En un hermoso día de verano... es la historia de Pablo y su desquite.

Pablo el indio había crecido con la idea de que debía casarse con Juliana, cuando ésta cumpliera doce años. Así lo habían convenido Tomás, padre de Juliana, y el padre de Pablo, pero a la muerte de éste, el viejo Tomás no estaba dispuesto a cumplir su palabra. Por el contrario, pensaba que su vecino Marcos, con sus campos de maíz, era marido más conveniente.

Cuando el viejo Tomás anunció el matrimonio de su hija con Marcos, Pablo pensó en su justicia. Con su amigo Jorge Celis, durante varias noches rompían silenciosamente la roca del cerro que dominaba la aldea india. Rompían la roca y la cubrían de tierra. Así, hasta que consideraron concluída la tarea.

Llegó la estación de las lluvias y fue en la fiesta de la Virgen de la Candelaria cuando ocurrió la catástrofe. Desde lo alto de la montaña descendió sobre la aldea la movible onda de lodo.

He aquí, narrados escuetamente, los cinco cuentos de Ricardo Jaimes Freyre. Fuera de *Zoe*, y aunque en uno de ellos aparezca más como condena e inminencia que como realidad, es indudable que el tema de la muerte es el tema de los cuentos. A su vez, hay que distinguir la muerte dentro del desarrollo más lírico y poemático que caracteriza a *Los viajeros* y *Zaghi*, por una parte, y la muerte en relación a la venganza que caracteriza a *En las montañas* y a *En un hermoso día de verano...* En estos dos últimos, la venganza

está ejemplificada en el indígena, bien ligada a la injusticia del blanco, bien ligada a la falta de la palabra empeñada por otro indio.

Aun reconociendo que la escasez conspira para una cabal comprensión de las condiciones de narrador de Ricardo Jaimes Freyre, los pocos ejemplos al alcance lo muestran como un hábil narrador. Sobre todo, son significativos los tres cuentos de la *Revista*. En *Zaghi*, esa habilidad se apoya en los elementos exóticos, que acercan y alejan al mismo tiempo. También, en las palabras del padre de *Zaghi*, *leit-motiv* del cuento. La culminación, en el diálogo entre el Gran Khan y el lama, con pensamientos de raigambre oriental acerca de la felicidad y la vida. Como elementos ornamentales, abundancia enumerativa para realzar ese mundo que el poeta lleva a su prosa:

Sus partidas de caza eran maravillosas. En vez de jaurías, llevaba leones amaestrados que ojeaban el bosque y perseguían a las bestias salvajes, sujetándolas, para que el cazador las atravesara con su lanza o con sus jabalinas. A veces, los leones domésticos encontraban leones en las selvas y se trababan con ellos en luchas espantosas, atronando la tierra con sus rugidos. Otras veces, se entretenía en lanzar a sus elefantes en persecución de los osos, y desde lo alto de su pequeño castillo, que bamboleaba sobre el dorso de un paquidermo, veía a las fieras erguirse sobre sus patas, gruñendo horriblemente, y al elefante que las envolvía en su formidable trompa y les partía el espinazo de un solo estrujón...².

Zoe es un cuento, como puede ser capítulo de novela. Sin pretender mucha proximidad, se asemeja más a un capítulo de *Los jardines de Academo* que a los demás cuentos de Jaimes Freyre.

En realidad, ya el autor le dio la denominación adecuada: "mozaico bizantino". Y eso es, por el predominio de la plas-

² Además está decir que en *Los viajeros* y en *Zaghi*, Jaime Freyre se encuentra — en todo sentido — dentro del típico cuento modernista: cuento como exotismo, como evasión, como alarde de fantasía. Ese cuento que casi todos los escritores modernistas cultivaron alguna vez, aunque varios de ellos dejaron muy escasas muestras. Y, en esta situación, vemos también a Jaimes Freyre.

ticidad y el color, así como el carácter de 'cuadro' que tiene. Zoe es la cortesana que repite la belleza y la sabiduría de las cortesanas clásicas. A través de ella posiblemente quiso reconstruir Jaimes Freyre una escena en que se viera o se vislumbrara la lucha entre paganismo y cristianismo. Claro que lo que resalta allí no es propiamente lo cristiano, sino lo pagano o rasgos muy externos del cristianismo.

La particularidad de este relato está en la acumulación de elementos 'culturales', tan caros a los modernistas y que el autor procura subrayar, sobre todo, en la ornamentación. Su final, un tanto gracioso e inesperado, es lo que da movimiento al desarrollo descriptivo, estático, de la narración.

En los dos cuentos de tema indígena, aparece la presencia dominante de la montaña y, en general, de la naturaleza que se siente como un nuevo personaje. Tiene también singular fuerza, aunque no hable, el guía indio que *En las montañas* come granos de maíz amarillo de su bolso...

Atados a una argolla de hierro fija en una de las columnas, dos caballos completamente enjaczados, esperaban, con la cabeza baja, masticando con dificultad largas briznas de hierba. Al lado del muro, un indio joven, en cucullas, con una bolsa llena de maíz en una mano, hacía saltar con la otra hasta su boca los granos amarillos...

Evidentemente, los cuentos — los escasos cuentos de Jaimes Freyre — son cuentos de un poeta, aunque no lleguen — valga el ejemplo — a la fineza lírica de tantos cuentos de Rubén Darío. Pero es igualmente la prosa de Jaimes Freyre una prosa pulida, trabajada, una prosa que revela elaboración y ritmo, musicalidad y medida (de nuevo, simetrías, parejas de palabras, polisíndeton).

Anthropos, trovador y caballero, hizo edificar una ermita en la falda de una colina. Y abandonó su castillo (en la puerta de su castillo había cadenas de hierro, real honor), y llevó a la ermita la indiferencia de su corazón (*Los viajeros*).

Ni Marco, hijo de Nicolo Polo, cronista y cortesano, ni fray Guillermo de Rubruquis, ni el santo Oderico de Podernone consignan

la historia del mendigo Zaghi, del Khanato de Tain-Fú. Y como esta historia no es indigna de figurar en los fastos, voy a narrarla yo a fin de que no se pierda en la muchedumbre gimiente de las cosas ignoradas, que persiguen a todos los seres humanos para que les den la segunda vida, que es la vida del recuerdo, ofreciéndose a ellos como invenciones de su propia fantasía con el propósito de estimular su orgullo (*Zaghi, mendigo*).

Zoe había visto acaso a las ninfas huir en los bosques helénicos, a las oréadas escalar las colinas; a los sátiros atravesar las florestas, y había escuchado la flauta de Pan que conmueve a la Naturaleza; pero la palabra de Jesús penetró en su espíritu y en esa gran ciudad, donde la sutileza teológica llevaba todas las encrucijadas de la fe, arrojó de su ser la ola de la poesía mítica y la llevó a buscar la gota de sangre que le correspondía en la Redención (*Zoe*).

Dentro de unas muestras que lamentamos sean tan escasas, quiero reiterar una vez más la singular presencia del tema indígena en dos de los cuatro cuentos. Presencia un tanto imprevisible si tenemos en cuenta la temática modernista y lo que Jaimes Freyre significaba a través de *Castalia bárbara*. Pero perfectamente explicable, si reparamos en algún poema posterior y en su notoria labor historiográfica; más aún, si sabemos lo que pesa el indio en Bolivia, aunque — repito — es más una intención estética que social la que mueve la pluma del escritor. Por descontado también que esta particularidad no representa en sí ni un más ni un menos, sino una cálida presencia de un mundo cercano ³.

LOS JARDINES DE ACADEMO, NOVELA TRUNCA

En la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* publicó Ricardo Jaimes Freyre cuatro capítulos de una novela que estaba

³ Si algunos modernistas llegaron a cultivar este tema en los cuentos, fue de manera muy ocasional y, por lo común, no se destacan mayormente. El caso excepcional dentro de lo que con cierta amplitud podemos entender como "tema autóctono o regional" está en Horacio Quiroga y sus cuentos de la selva. Claro que, aquí, la situación de Quiroga debe verse como de sedimentación o transformación modernista. Agrego, también, los *Cuentos peruanos* de VENTURA GARCÍA CALDERÓN.

escribiendo y que tituló *Los jardines de Academo* ⁴. Sobre esta novela circulan una serie de noticias un tanto contradictorias, aunque lo concreto es que se trata de una obra trunca.

Al publicarse los capítulos en la *Revista* se aclaraba a pie de página la pronta edición de la novela, como edición de la *Revista*. Por lo visto, no se cumplió con la promesa, ya que *Los jardines de Academo* nunca llegó a verse completa y en libro.

Antes de seguir adelante, conviene citar unos párrafos recientes de Raúl Jaimes Freyre — hermano de Ricardo —, párrafos útiles en relación a problemas que plantean (y siempre que nos olvidemos de algunos errores notorios). Dice Raúl Jaimes Freyre:

Los jardines de Academo. Es el nombre de una novela escrita por Ricardo. La novela es una reconstrucción histórica, y el argumento griego. Para describir con exactitud el ambiente en que actúan sus personajes hace pacientes estudios, lee a filósofos y poetas de la Hélade y aprende el idioma inglés, ya que los ingleses, que son grandes helenistas, tienen mucho escrito sobre la materia.

Cuando la obra ha sido concluida y está a punto de entregar los originales a la imprenta, aparece otra, si no con igual tema, con idénticas descripciones de fiestas y costumbres de Grecia clásica, escrita por Julio César Dominici y llamada *Dionysos*.

Ricardo arroja su libro a un cajón y lo olvida, hasta que un día, de regreso a su casa, encuentra a sus hijos menores Víctor y Yolanda, haciendo pajaritas de papel con *Los jardines de Academo*. Sólo se salvaron dos capítulos que publicó en la revista que sostenía en Tucumán ⁵.

En primer lugar, vemos que, efectivamente, Pedro César Dominici escribió una novela titulada *Dionysos*. La acción de la novela transcurre en la Grecia de Pericles (*Costumbres de la antigua Grecia* la subtítulo Dominici). El prólogo

⁴ Se publicaron en este orden:

La pompa de Dionysos (*Revista*, I, núm. 2, 1904).

Un banquete en Atenas (id., I, núm. 5, 1904).

El taller de Eufronor (id., II, núm. 11, 1905).

Noche en casa de Myrthia (id., VII, núms. 37-39, 1907).

⁵ RAÚL JAIMES FREYRE, *Anecdotario de Ricardo Jaimes Freyre*, Potosí, 1953, págs. 81-82.

está fechado en París, 1904, pero la obra apareció en 1907 (París-México, 1907) ⁶.

Podemos notar que el libro de Dominici se publicó en 1907 (si bien el prólogo está fechado en París, 1904). En cambio, Jaimes Freyre publicó dos capítulos en 1904, uno en 1905, y el restante en 1907. Quiere decir que, si se trataba de semejanzas, podía justificarlas, así, a su favor.

Otras preguntas surgen: ¿Dominici llegó a enterarse de los capítulos de Jaimes Freyre? ¿Puso por eso la fecha del prólogo? Todo es posible, aunque tales preguntas no pretenden, de ninguna manera, explicaciones poco airosas...

Hay también, en efecto, ciertas coincidencias de tema. En rigor, los cuatro capítulos de Jaimes Freyre se acercan — en el tema — a otros tantos capítulos de Dominici. Cf.:

[Jaimes Freyre]	[Dominici]
<i>La pompa de Dionysos</i>	<i>Las grandes dionisiacas</i>
<i>Un banquete en Athenas</i>	<i>El banquete</i>
<i>El taller de Eufranor</i>	<i>La gracia [El taller de Fidias]</i>
<i>Noche en casa de Myrthia</i>	<i>Las cortesanas</i>

Con respecto a *Noche en casa de Myrthia* es conveniente decir que casi todo el capítulo tiene forma dialogada: *De la música*, se podría llamar mejor. De todos modos, revela — claramente — el dominio del diálogo, verdadero diálogo, en lo que puede mostrar el capítulo. En lo que se vincula a la novela de Dominici, puede compararse, sin que esto suponga una cercanía tan próxima como la de los casos anteriores, con el capítulo titulado *Las cortesanas* (o *De la poesía*, aunque no sea este tema sino una parte del capítulo).

⁶ El índice general es el siguiente:

Libro primero: I, *La vendimia*; II, *Del pasado*; III, *La adivina*; IV, *Fiestas agrarias*; V, *Diodoro*; VI, *En el templo*; VII, *Eros victorioso*.

Libro segundo: I, *La extranjera*; II, *La belleza*; III, *Los jardines de Academo*; IV, *El banquete*; V, *La gracia*.

Libro tercero: I, *Grito de guerra*; II, *Presentimientos*; III, *Las cortesanas*; IV, *Aspasia*; V, *Pericles*; VI, *El talismán*.

Libro cuarto: I, *Las grandes dionisiacas*; II, *Los funerales*; III, *La victoria de Dionysos*.

Ahora bien: esta semejanza no sólo se encuentra entre estas dos obras — en lo que pueden compararse — sino entre varias obras de la época. Citemos títulos: Anatole France, *Thaïs* — 1890 —; Pierre Louys, *Afrodita* — 1896 — (difundida rápidamente en América a través de la traducción del mexicano Balbino Dávalos) ⁷. En Colombia, Emilio Cuervo Márquez publicó en 1909 su *Phinées, tragedia de los tiempos de Cristo*; en la Argentina, Enrique Larreta, el mismo año de *Afrodita*, publicó su *Artemis* ⁸. Todas estas obras (y algunas más que pueden agregarse, como la trunca *El hombre de oro* de Rubén Darío) son resultado de una particular confluencia de novela histórica y modernismo y — dentro de lo histórico — productos, en gran parte, de las fuentes en que apoyan la reconstrucción arqueológica y la evocación de la vida privada de los antiguos (y, especialmente, de los griegos).

Circunscribiéndonos a Jaimes Freyre y Dominici, si pasamos a la expresión, que es lo que en realidad importa, ya vemos las diferencias, aunque los dos coincidan en rasgos modernistas de la prosa (impresionismo, plasticidad, realismo, virtuosismo).

Era el duodécimo día del mes Elafebolión, año cuarto de la CV Olimpiada. Agathocles era arconte de Atenas. Por todos los caminos llegaban a la ciudad los habitantes de los burgos del Atica. Verdaderas olas humanas invadían las calles y las plazas... (*Los jardines de Academo*).

⁷ Balbino Dávalos (1866-1951), hoy un tanto olvidado, fue colaborador de la *Revista Azul* y de la *Revista Moderna*, de México. Profesor de lenguas clásicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma, es más conocido por su obra de traductor que por su obra original. Entre sus traducciones — aparte de *Afrodita* — figuran *Monna Vanna*, de Maeterlinck, *Musas de Francia* y *Musas de Albión*... Su obra lírica original se condensa en *Las ofrendas* (Madrid, 1909), elogiada por Rubén Darío. RAFAEL HELIODORO VALLE le dedicó una sentida semblanza (ver *Memoria de Don Balbino Dávalos*, en *Noticias Gráficas*, Buenos Aires, 20 de diciembre de 1955).

⁸ En ANGEL DE ESTRADA hay también evocaciones parciales de la Grecia clásica. Ver páginas de su novela *Redención* (B. Aires, 1906) y plásticas crónicas de otras obras (*La caritade de Leda*, en *Formas y espíritu*, Buenos Aires, 1902; *La Victoria de Samotracia*, en *Calidoscopio*, Buenos Aires, 1911).

Agreguemos, en muchos modernistas, poemas de asunto antiguo (Darío, Jaimes Freyre, Leopoldo Díaz, Guillermo Valencia, etc.).

Era el caluroso mes de Elafebolio, y los atenienses preparábanse a celebrar las magnas fiestas de Dionysos. La leyenda multiforme del dios taumaturgo servía como rico venero a la piedad de toda la Grecia. De las diferentes épocas de su vida agitada se originaban diversos ritos y costumbres que, al transformarse con las estaciones del año en fiestas entusiastas, cantaban la gloria inmortal del dios que en su extraño dualismo simbolizaba la fecundación de la naturaleza y el alma inquieta de los humanos... (*Dionysos*).

La prosa de Jaimes Freyre aparece menos recargada, más natural (en lo posible) y no tiene por lo común ese ritmo que va marcando toda la obra de Dominici, obra que está dentro — con mayor nitidez — de la prosa “sonante y recamada”⁹ que caracteriza al modernismo.

Hasta en el diálogo (que en ninguno de los dos puede señalarse como ejemplar), Jaimes Freyre revela más naturalidad, o, por lo menos, está limado de la afectación y énfasis que distingue a Dominici. Nos sirve, en la confrontación, el episodio del banquete:

— En cambio, Eufnanor, pienso que tu arte no podrá quejarse de las mujeres de Atenas, dijo el poeta.

— ¡Quién sabe, Cleóbulo!, observó Polemón. He oído asegurar que las atenienses no tienen la reputación de belleza de las eolias o de las jónicas de Asia, y en verdad, en ningún tiempo se ha hablado de una mujer de Atenas que haya sido célebre por su hermosura.

— ¡Cuidado, Polemón!, exclamó Espeusipo, riendo.

— ¡Por Apolo! Olvidaba que muy pronto serás esposo de la admirable Doris.

— No es eso ¡por Zeus! Acuérdate que el poeta Estesícoro perdió la vista en castigo de haber hablado mal de Helena... (*Los jardines de Academo*).

— El rey debiera escoger un asunto de conversación — dijo Teofrasto —, algo que ocupe el espíritu, mientras el gusto y los ojos se regalan.

— Mucho temo a tu facundia inagotable, noble Teofrasto — respondió Fidias — y temo también que lo que yo vea interesante no lo sea para mis súbditos.

⁹ Cf. Amado Alonso, *El modernismo en "La gloria de Don Ramiro"* (en *Ensayo sobre la novela histórica y...*, Buenos Aires, 1942, pág. 154).

— Mi deseo es que hablemos de arte — interrumpió Policeto — aunque sea la belleza diosa de esta fiesta; pero a nosotros, míseros artistas, que hablamos de eso en la vigilia, dejadnos descansar en las cortas horas de ensueño.

— No es fácil escoger un tema tras del cual no aparezca inmediatamente el arte — dijo Ictino —.

— Es verdad — contestó Zeuxis —, el arte es el alma del mundo... (*Dionysos*).

Es decir, sin ser ninguno de los dos ejemplo de maestría en el diálogo (las citas son muy breves, pero no hace falta más), creo que también aquí se ve la diferencia. En Dominici se trata de verdaderos monólogos, mechados de tanto en tanto por una frase sentenciosa.

En síntesis — anécdotas a un lado — debemos buscar otras explicaciones más fundamentadas.

A comienzos del siglo — lo hemos visto — abundaban las evocaciones de la Grecia clásica, y la obra de Dominici es una entre muchas. Yo creo que la explicación de esta obra trunca de Jaimes Freyre está en algo más prosaico, que trataré de explicar.

Jaimes Freyre dirigía entonces la *Revista* y, como colaborador, su nombre aparece con bastante frecuencia; posiblemente, la época de la revista tucumana es la época de mayor producción de Jaimes Freyre, si tenemos en cuenta la abundancia y diversidad de sus colaboraciones, así como lo que significa la dirección en sí. Esa dirección lo obligó en ocasiones a apresurar colaboraciones: *Los jardines de Academo*, entre ellas. Y cuando llega el momento de continuar o concluir la obra, la autocrítica le hace abandonar la empresa, sin que sea necesario recurrir a una determinada obra publicada, de asunto semejante.

Esta sospecha la veo robustecida por episodios paralelos. También la *Revista* publicó capítulos de un posible libro de *Viaje por el Brasil* (los capítulos se publicaron, igualmente, como parte de un libro de próxima aparición). Y, sin embargo, el libro tampoco apareció.

Repito: en la urgencia de la colaboración y en la posterior autocrítica veo la causa fundamental que explica el

abandono de un plan primitivo, abandono que dejó trunca la obra.

Precisamente, este carácter es el que ha limitado nuestro estudio a los problemas vinculados con el libro de Dominici y, sobre todo, a algunos rasgos expresivos.

EMILIO CARILLA.

APENDICE

A continuación transcribo los cinco cuentos de Ricardo Jaimes Freyre que he recogido. No me ha parecido oportuno, por razones de extensión, copiar los capítulos de *Los jardines de Academo*. Agradezco a la señorita Elsa A. Rodríguez su cooperación en la copia de algunos textos.

MOSAICOS BIZANTINOS

ZOE

En aquel tiempo imperaba Nicéforo en Bizancio, y había en la ciudad una cortesana hermosísima, nacida a orillas del Cefiso.

El amor la llevó a la corte de los pomposos Césares bizantinos. Desde su palacio, al pie del cual se extendían las aguas azuladas y tranquilas del Mar de Mármara, veía relucir al sol las cúpulas cobrizas y blanquear las columnas de mármol de los templos. Cuando quería deleitar su espíritu en la meditación, subía la escalerilla esculpida, encerrada en el hueco de un pilar de jaspe y pórvido, y en la pequeña terraza, al pie de la estatua enorme de un gladiador, traída de Corinto, hundía su mirada en el horizonte, mientras una brisa suave acariciaba la cascada negra de sus cabellos. A sus pies pasaban las carrozas de los señores, las literas de las damas, los frailes murmurando oraciones o disputando por cuestiones teológicas, los bufones, los espías, con ojo vivo y paso rápido, los mercaderes judíos, de aspecto desconfiado y lastimero. La ateniense soñaba, y un velo de nostalgia obscurecía su frente, mientras los recuerdos danzaban en su espíritu una danza fantástica.

Zoe era hija del placer. Cuando llegó a Bizancio trajo consigo un rayo de sol. A él venían para desentumecer sus mentes ateridas y sus corazones helados, los retóricos que buscaban el secreto de un giro de Esquines; los sofistas, parladores y vacíos; los soldados, que habían luchado contra Harum-al Raschid y contra los feroces búlgaros, que cortan la nariz a sus prisioneros; y alguna vez (esto lo sabía toda la ciudad), recorrían sus jardines o sus pórticos, graves teólogos que acababan de debatir, en las plazas o en los templos, la doble naturaleza del Hijo.

En el palacio de Zoe había un gabinete reservado a los íntimos. Cubría el piso finísima alfombra que representaba un gigantesco pavo real, abriendo la cola multicolor, con aire reposado y digno. Tapices de lino vestían las paredes o servían de marco a preciosos mosaicos que dibujaban bailarinas en licenciosas actitudes, juegos de circo y escenas de amor. Lechos lujosos rodeaban una mesa, sobre la cual caían del techo abovedado, pendientes de doradas cadenas, vasos artísticos, en los que ardían perfumes de Arabia. Un crucifijo de marfil abría en el muro sus brazos rígidos.

Decíase que por esta encantadora estancia habían pasado generales gloriosos, que iban a dejar sus laureles a los pies de la ateniense, suave y blanca; prelados que discutían en los concilios, y preguntaban después a la cortesana su opinión sobre la última doctrina herética, mientras una blanda música ritmaba sus palabras o una danza tenue seguía las inflexiones de su voz. Zoe había visto acaso a las ninfas huir en los bosques helénicos, a las oréadas escalar las colinas, a los sátiros atravesar las florestas, y había escuchado la flauta de Pan que conmueve a la Naturaleza; pero la palabra de Jesús penetró en su espíritu y en esa gran ciudad, donde la sutileza teológica llevaba todas las encrucijadas de la fe, arrojó de su ser la ola de la poesía mítica y la llevó a buscar la gota de sangre que le correspondía en la Redención.

— La griega es idólatra — decían los fanáticos mirándola con sus hundidos ojos, perdidos en sus rostros macilentos y huesosos. — La griega es idólatra.

Pero los amigos de Zoe sabían que era cristiana.

El amor mezcló sus perlas y diamantes en sus oscuros rizos; diola vestidos de lama de oro para cubrir su hermoso cuerpo; calzó sus pies con borceguíes de púrpura y bordó su cinturón violáceo con rubíes y esmeraldas. Así, semitendida en el lecho, con su sonrisa triunfal y su mirada ardiente, olvidaba en las conversaciones galantes las nostalgias del cielo helénico.

¿Amaba Zoe? Ese río de oro, que corría delante de ella, con rumoroso y chispeante murmullo, la fascinaba. Hundíase en él con delicia y hacía jugar entre sus dedos las cristalinas gotas de los diamantes y las gotas opacas de las perlas. Amaba en sus amantes, su palacio, sus jardines, sus estatuas, sus vasos de oro, sus adornos, su crucifijo de marfil, a cuyos pies rezaba y pedía al dulce Cristo que le revelara si la llama era creada o increada.

Zoe — le dijo una vez Romano, un joven oficial de la guardia de Nicéforo, en una fiesta en el gabinete de los mosaicos —. Zoe, yo no tengo oro; pero te amo.

Los convidados de la bella ateniense, se incorporaron ligeramente en sus lechos y sonrieron con placidez. Al través de una tenue gasa veíanse en el fondo danzarinas que se movían con pausado y rítmico

compás, agitando por encima de sus cabezas largos velos, blancos como sus rostros y como sus cuerpos. La música cantaba armonías aladas y un vago perfume impregnaba la atmósfera. El lejano sollozo de las olas unía a la orquesta un ritmo imperceptible.

La cortesana tenía los ojos chispeantes y la voz trémula. Encendido color teñía sus mejillas y reía al hablar.

Cuando terminó la fiesta, salieron del palacio los convidados, entre una doble hilera de esclavos, inclinados con medrosa humildad. Discutían aún.

— Una sola voluntad en un ser a la vez divino y humano...

— El culto a las imágenes es una idolatría...

Callaban de pronto. Una lengua mercenaria no tardaría en delatarlos y habría para el suplicio nuevas víctimas; pero detrás de ellos, de los señores, levantaban sus frentes humilladas los eunucos y reanudaban en voz baja sus conversaciones interrumpidas:

— El Hijo difiere del Padre en esencia y en voluntad.

En las calles de Bizancio hormigueaba el pueblo; en las tiendas, en los foros, en los templos, en los palacios, en las termas, en los pórticos de dos pisos que cruzaban la ciudad, en todas partes veíanse circular los ejemplares más abigarrados de todas las razas y de todos los pueblos de la tierra. Las provincias del imperio enviaban a las riberas del foro tracios y epirotas, sirios y dálmatas, servios y jonios, chipriotas, italianos y esclavones, y se escuchaban bajo la cúpula inmensa de Santa Sofía, como en la góndola dorada que surcaba el canal y en la barca del pescador, que cruzaba como una flecha la bahía, oraciones, símbolos, explicaciones de un versículo de San Pablo. Entretanto, una áurea corrupción minaba a Bizancio, encerrada detrás de sus murallas almenadas y de sus torres. Los pájaros del árbol de oro de Teófilo, cantarán más tarde una canción de tristeza, y sus leones amarillos rugirán de terror.

— Zoe, yo no tengo oro; pero te amo, decía Romano a la cortesana.

Estaban solos. Sobre el velo de gasa había caído un tapiz de Persia; los lechos que rodeaban la mesa, tenían aún la ondulación que les imprimiera el cuerpo de los invitados.

— ¿No sabes que yo no puedo amar?

— Puedes ser amada.

— Sí, con perlas y con diamantes.

El joven se acercó a la hermosa hetaira y se apoderó de su mano. Después la habló al oído; caían, caían sus palabras, suaves, blandas, acariciadoras; caían, caían sus palabras y entraban en el corazón de Zoe, porque ellas eran también perlas y diamantes, y ceñían como un collar de reina el corazón de Zoe; y había en esas palabras — Zoe lo sabía — murmullos de risas de ninfas y rumores de voces de oréadas y ecos de la dulce flauta del dios Pan, y había brisas del

Atica y mieles del Himeto, porque sobre ellas pasaba un soplo del Infinito Amor.

Cuando calló Romano, Zoe apoyó la cabeza en el hombro del joven y cerró los ojos.

Después dijo suavemente, muy suavemente:

— Sí... pero antes... responde: ¿Crees que el Padre procede del Hijo?

(*Revista Azul*, México, tomo V, núm. 4, 24 de mayo de 1896, págs. 59-61).

LOS VIAJEROS

"A la risa dije: enloqueces; y al placer:
¿de qué sirve esto?" (*Eclesiastés*).

I.

Anthropos, trovador y caballero, hizo edificar una ermita en la falda de una colina. Y abandonó su castillo (en las puertas de su castillo había cadenas de hierro, real honor), y llevó a la ermita la indiferencia de su corazón.

Porque en su espíritu había crepúsculo, así cuando la primavera reía en las hojas rojas de las rosas y en la nieve de los jazmines y en la albura húmeda de los lirios, como cuando el estío hacía cantar a las cigarras entre las hojas, y el otoño tornasolaba las uvas en las viñas y el invierno guiaba sobre la tierra sus tristezas frías y blancas.

Pero la soledad no habló a su oído esas suaves y consoladoras palabras que han escuchado todos los solitarios: oculta bajo las alas del tiempo vive la esperanza.

Y escribió en un muro: "En el lugar en que cayere el árbol, allí quedará".

Desde la ventana de la ermita, por entre la fronda, iba su mirada al camino zigzagueante al pie de la colina. El sol hería los rostros de los viajeros o la lluvia caía sobre sus cabezas, o la nieve blanqueaba sus hombros, o la bruma los envolvía con mantos fantásticos. Anthropos los veía espolear sus caballos y pensaba: van al amor, van a la ambición, van al miedo.

II.

Una noche llegó un viajero y le pidió hospitalidad. Era una noche tempestuosa y serena. Las tinieblas se aglomeraban en las copas de los árboles y se dispersaban bajo los relámpagos o huían de los ecos del trueno en las hendiduras de las rocas. El viajero tenía noble y severo aspecto; en sus ojos había tristezas profundas.

Anthropos le cedió su lecho y esperó la aurora, mirando por la ventana abierta el descenso de las serpientes luminosas. Pero he aquí que rayó el alba y vio que el huésped estaba muerto; y en sus ojos abiertos no había tristeza, sino infinita paz.

Y murmuró: Tal vez en la muerte...

Sobre el corazón del viajero halló un pequeño pergamino que decía: "Señor, mi rey; vuestro enemigo ha dicho: cualquiera que me entregare el cuerpo de mi enemigo, será grande delante de mí".

Anthropos supo entonces que el viajero era un rey vencido.

Y puso el cuerpo del muerto sobre sus hombros y subió a la cumbre de la colina, abrió un hoyo y allí lo enterró.

Y volvió a su ermita, y por la ventana abierta siguieron sus miradas el vuelo de las aves gozosas después de la tempestad.

III.

Fue en otra noche lóbrega y triste, cuando un viajero llamó a la puerta de la ermita.

Sus ojos eran sombríos y su aspecto sórdido.

Anthropos le cedió su lecho y esperó la aurora, mirando por la ventana abierta los negros hilos de la lluvia que doblaban las hojas de los árboles. Cuando rayó el alba, el viajero dijo: "He aquí que yo sé que un tesoro está enterrado bajo tus plantas".

Y Anthropos no miró siquiera a sus plantas, sino que dejó ir al viajero y lo olvidó.

IV.

Y fue en otra noche oscura y silenciosa, cuando oyó llamar a su puerta. Y abrió la puerta y entró una mujer. Jamás en los ojos de Anthropos esplendió la belleza de tan deslumbradora manera. Diríase que en los labios de esa mujer dormían caricias infinitas y en sus ojos, atormentadoras y extrañas voluptuosidades. Anthropos miró entonces hasta el fondo de su propio ser, y su ser estaba frío como un muerto.

Y esperó la aurora, mirando por la ventana abierta la espantosa lucha de las tinieblas en el cielo. Y cuando llegó la aurora, vio que la mujer era ida y el lecho estaba vacío. Entonces se recostó en el lecho y no sintió el suave calor que había dejado en él el cuerpo de la mujer. Y mientras su espíritu seguía los caminos misteriosos que conducen a mundos desconocidos, sus labios balbuceaban: "tal vez la muerte...".

V.

Una mañana dormía Anthropos bajo un árbol y descendió un ave del cielo y le devoró los ojos. Se hizo la noche en torno suyo;

pero la noche no era más amarga que el día. Desde entonces llegaron a su oído con mayor intensidad los gemidos interminables del viento en el espacio sin límites.

VI.

Pasaron muchos años. Muchas veces las hojas de los árboles fueron arrastradas por los vientos del otoño y muchas veces la primavera hizo renacer las hojas de los árboles; pero en el corazón de Anthropos no renacían ni la alegría ni el dolor, ni el temor ni la esperanza.

Y fue en una noche maravillosa cuando apareció en la ermita el último viajero.

Era una noche maravillosa del estío. Por entre las ramas de los árboles, la luz de la luna era como una larga mirada clara y consoladora. Reía el arroyo al pie de la colina y erizaba su dorso de escamas argentinas. Había en el ambiente alegrías nupciales y por la tierra y por el cielo pasaba un soplo del Infinito Bien.

El viajero tenía el rostro suave y pálido y profundamente doloroso. Un rayo de luna, deslizándose entre la fronda, caía sobre su cabeza y se enredaba en sus cabellos negros. En sus ojos extraños, la mirada parecía venir de incalculables lejanías. Sus labios murmuraron:

— Te traigo la paz.

Entonces sintió Anthropos que la indiferencia de su corazón se deshacía como la nieve bajo el sol. Y penetró el espanto en su alma y sudor de angustia cubrió su frente y chocaron sus dientes, y se apartó la carne de sus huesos y emblanquecieron sus cabellos.

Y Anthropos murió de terror.

(*Almanaque Sudamericano*, Buenos Aires, junio de 1900. Cuento y dato facilitado por Manuel Lizondo Borda. El cuento fue reproducido en *El Cojo Ilustrado*, Caracas, XIII, núm. 299, 1904; y, de nuevo, en XVII, núm. 389, 1908).

ZAGHI, MENDIGO

Ni Marco, hijo de Nicolo Polo, cronista y cortesano, ni fray Guillermo de Rubruquis, ni el santo Oderico de Podernone consignan la historia del mendigo Zaghi, del khanato de Tain-fú. Y como esta historia no es indigna de figurar en los fastos, voy a narrarla yo a fin de que no se pierda en la muchedumbre gimiente de las cosas ignoradas, que persiguen a todos los seres humanos para que les den la segunda vida, que es la vida del recuerdo, ofreciéndose a ellos como invenciones de su propia fantasía con el propósito de estimular su orgullo.

Pero yo sé que es ésta una historia verdadera, y que el espíritu del mendigo Zaghi me acosa día y noche para que lo arranque del

olvido, que es lo mismo que arrancarlo de la nada, en el cual ha yacido durante más de setecientos años.

Zaghi era feo y contrahecho. Su padre, que lo amaba mucho, lo creía más hermoso que el sol. Se deleitaba mirándolo y murmuraba en voz baja: — Zaghi, hijo mío, es preciso que seas feliz; no quiero que corras como yo, por los caminos, llevando los mensajes del Gran Khan, con cascabeles en torno de la cintura... Porque el padre de Zaghi era uno de los diez mil correos estacionados en el imperio, de cuatro en cuatro millas, para recibir las cartas y transportarlas, corriendo con toda la velocidad de sus piernas, hasta el puesto próximo.

Fue el traidor Naian, cuya rebeldía refiere el veneciano Marco, quien se encargó de preparar el porvenir de Zaghi, haciendo pisotear con los cascos de sus caballos a todos los correos que habían llevado noticias de su ejército al Rey de los Reyes. Desde entonces el pequeño vivió arrastrándose por los campos, alimentándose con yerbas y resguardándose de noche en las copas de los árboles, para librarse de las bestias feroces. Cuando se quedaba dormido, su padre venía a verlo en sueños y le repetía: — Hijo mío, yo quiero que tú seas como esos nobles señores que en el cumpleaños del Gran Khan reciben regalos preciosos, trajes de telas de oro y plata y zapatos de piel de camello, adornados con perlas... Y como el ensueño es una realidad fugitiva, no debe afirmarse que el padre de Zaghi hubiera muerto, sino que vivía todas las noches durante algunas horas, puesto que los muertos no hablan ni acarician y él acariciaba y hablaba.

Necio es quien afirma que los sueños son cosa vana. No puede ser vano lo que produce tantas alegrías y causa tantas angustias a todos los mortales.

En cierto amanecer despertó Zaghi en su rama, como un pájaro, al ruido de un tropel de caballos. Era una magnífica comitiva compuesta de un gran número de caballeros y de damas, que parecían acompañar y escoltar a una bella joven, que iba en una litera puesta sobre los lomos de un elefante. Sobre la litera flameaba el estandarte real, como en el castillo de Cublai.

Al pasar junto al árbol en que el joven se guarecía, procurando ocultarse entre las hojas, un golpe de viento agitó el estandarte que se enredó en las ramas. Asustado Zaghi, porque su cuerpo había tocado la sagrada tela, abrió los brazos y, perdiendo el equilibrio, se sintió lanzado en el vacío. Un grito de espanto saludó el paso de ese ser extraño que llovía del cielo. Zaghi cayó en el polvo y quedó inmóvil; su figura gibosa, envuelta en hojas y en harapos, tenía un aspecto horrible. Los musulmanes de la caravana tartamudearon: ¡Alá! ¡Alá!; los cristianos trazaron la señal de la cruz; los demás hicieron esfuerzos por recordar sus conjuros contra los malos espíritus. Sólo la princesa que iba en la litera, exclamó poniéndose de pie y tendiendo hacia el monstruo su fina mano, llena de sortijas: — ¡Es un hombre!

— ¿Un hombre? pensaron todos; entonces se le puede hacer morir... ¿Por qué no? El sapo y la araña no hacen mal, pero se les mata aplastándolos, porque son feos.

Pero la princesa hizo un signo y la comitiva continuó su viaje.

Zaghi abrió primero un ojo, luego otro; después se irguió de un salto y rio de alegría, aunque sus dientes castañeteaban aún con el terror; luego empezó una danza desenfrenada, que hubiera hecho huir a uña de caballo a los más valerosos soldados de Tartaria. De pronto quedó paralizado, con una pierna y un brazo en el aire, con los ojos fijos en tierra: una pequeña bolsa de seda roja, entretejida con hilos de oro, brillaba en sus pies.

Era, sin duda, un objeto perdido por alguno de aquellos caballeros o de aquellas damas que acababan de pasar; volverían a buscarlo... Ante esta idea, Zaghi se precipitó en el bosque y no se detuvo hasta que alcanzó la más alta rama del árbol más alto. Así pasó algunas horas; después cobrando valor, descendió de nuevo y se dirigió con esa apariencia tranquila de las cosas que tienen un destino determinado, mientras el destino no llega. El destino era él, Zaghi. La alzó, dispuesto a soltarla al menor ruido; silencio profundo. La miró, le dio vuelta entre sus manos; corrió el hilo que la cerraba; examinó su fondo; contenía una cajita de cristal. Basta; la curiosidad está satisfecha; puede dejarse la caja en su bolsa y la bolsa en el suelo.

Pero ambos objetos tenían ya la apariencia especial de las cosas que no quieren que se las sustraiga de su destino; era necesario abrir el pequeño cofre. Zaghi suspiró y lo abrió. En ese momento una voz muy conocida murmuró a su oído: — Zaghi, hijo mío, has hecho bien; es preciso ser feliz.

Vio una tablilla de oro, en la cual estaban grabadas las armas del Gran Khan. El mendigo cayó de rodillas y soltó la caja que dejó oír un sonido áureo, como si estuviera llena de baliscos. Zaghi conocía las inscripciones reales; las había visto mil veces en las cartas que transportaba su padre; el portador de esa tabla de oro era un emisario del Rey de los Reyes, un alto personaje. Zaghi volvió a ganar su árbol y se agazapó entre las hojas. Una hora después, levantaba la tablilla de oro y miraba el fondo del cofre. Contenía una segunda tabla en la que estaban grabados el sol y la luna. Zaghi se desplomó con la frente en el polvo. Cuando separó la segunda tabla, descubrió una tercera, en la que se destacaba un grifo. Entonces el pequeño mendigo se enderezó, su rostro se iluminó de orgullo y alzó los ojos para mirar de frente al sol. Quien poseía esa tabla tenía un poder igual al del Rey de los Reyes; así lo dicen los registros que se conservan en la antigua Camelú, la Pekín de nuestros días, y que contienen infinitos detalles sobre las costumbres de los gengiskánidas. Por lo demás, también dice lo mismo el viajero Marco Polo.

El mendigo guardó la caja en su pecho y con paso firme emprendió el camino de la ciudad de Pian-fú, que estaba a siete jornadas de distancia. A su paso por los huertos y los viñedos, se detenía a arrancar las frutas, que devoraba después alegremente, bebiendo el agua de los arroyos, sin temor a los hombres ni a los infinitos castillos del tránsito y exhibía la tablilla de oro con las armas imperiales. Los señores se inclinaban profundamente ante el extraño enviado del Gran Khan y le ofrecían trajes, lecho, manjares y caballos, pero él sólo aceptaba un trozo de pan, un jarro de agua y un montón de paja para dormir. Al séptimo día llegó a un gran campo, plantado de moreras, donde muchos miles de hombres se ocupaban en el cuidado de los gusanos, cuya labor, lenta y sabia, produce esos hilos casi irreales que alegran los ojos de las mujeres. Al extremo del campo se extendía la gran ciudad de Pian-fú, con sus murallas blancas de veinte pies de alto.

Zaghi se aproximó a una de las puertas, en el momento en que el sol se ocultaba en el horizonte y una campana daba los tres golpes de advertencia para que todos los habitantes de la ciudad permanecieran en sus hogares hasta la mañana siguiente. Un hombre se disponía a cerrar la gran puerta.

— ¡Fuera de aquí, mendigo! gritó.

— Déjame entrar, murmuró el vagabundo.

— ¿No has oído la campana? ¡Fuera de aquí, montón de inmundicia!

— Te arrepentirás de tus palabras, dijo Zaghi tranquilamente.

El hombre arrancó un látigo que tenía sujeto a su cintura y lo descargó sobre los hombros del testarudo.

— Te arrepentirás de tu obra, se limitó a decir éste.

En seguida abrió la mano y exhibió la primera tablilla de oro. El portero, aterrado, cayó de rodillas exclamando: — ¡Perdóname, poderoso señor! Zaghi aproximó a sus ojos el sol y la luna, y el infeliz hundió su frente en la tierra, gritando: — ¡Perdóname, príncipe! Pero Zaghi quería vengarse; lo obligó a levantar la cabeza y le exhibió el grifo.

El funcionario lanzó un largo suspiro, extendió los brazos y cayó como una masa. Había muerto.

El vagabundo quedó pensativo. Creía oír la voz de su padre murmurando a sus oídos: — Zaghi, hijo mío, has hecho mal; pero no importa, es preciso que seas feliz...

Entonces resolvió quedarse hasta la mañana siguiente al lado del cadáver, para impedir que fuera devorado por los perros.

Al rayar el alba se dirigió al castillo del Khan. Cuando el monarca supo que era un príncipe enviado por el Rey de los Reyes, se inclinó ante él, le cedió su palacio y ordenó que los generales del ejército se sometieran a su mando y que su corte lo rodeara. Una

nube de soldados de trajes resplandecientes y grandes espadas se encargó de su custodia. Su cuerpo, feo y contrahecho, fue lavado y perfumado y cubierto de ricas telas de oro.

Pero Zaghi no estaba contento; veía al extremo de toda esta gloria una horca de setenta pies de altura. Y era él quien hacía piruetas colgado de esa horca.

Pero pensó que su padre quería que fuese feliz; y era necesario serlo, aunque su felicidad durase sólo un instante. Consultó a los astrólogos de Pian-fú y todos unánimemente declararon que era el príncipe más noble, más bello y más valeroso del imperio y que su porvenir sólo sería inferior al de Cublai, el Gran Khan. Zaghi quedó tranquilo, porque sabía que los astrólogos no se engañan jamás.

Apenas comenzaba a gozar de la dicha de ser el más poderoso señor del imperio, después del Rey de los Reyes, cuando se le anunció la visita de un santo lama del Tibet. Zaghi concedió licencia para que el sacerdote del venerable Budha se postrara a sus pies; pero el lama, lejos de doblar tres veces las rodillas y de tocar tres veces con su rostro el tapiz que cubría el suelo, avanzó sereno y tranquilo, mirando de frente. Era un joven de rostro demacrado, cuyos ojos parecían llenos de fiebre.

— ¡Arrodíllate, miserable! gritó Zaghi, poseído de justa indignación.

El lama sonrió. — Perdóname, señor poderoso, dijo con voz reposada, pero un discípulo del divino príncipe de Kapilavastu, sólo se postra delante de Dios.

Los guardias se lanzaron sobre el lama y lo obligaron a doblar las rodillas, a inclinar la cabeza y a poner sus puños cerrados en la tierra. Zaghi meditaba.

— Dejadlo ir, exclamó de pronto. Es un loco...

— Te engañas, príncipe, dijo una voz firme, es un santo varón que predica las inefables doctrinas de Shakya Muni. No conseguirás nada de él, porque si lo injurias, sonreirá; si lo hieres, se regocijará en su alma; si lo martirizas, será el más feliz de los hombre; si lo haces morir, verá llegar el último instante como el más dichoso de su vida... El que así hablaba era un viejo general, convertido poco antes a la sagrada religión de Budha.

Entretanto el lama, libre de los soldados, se acercaba a Zaghi, y le decía:

— Es el Gran Khan quien me ha enviado a fin de que acompañe al príncipe su hijo, para que lo ayude a convertir a los idólatras a la verdadera fe; pero me he equivocado; pensé que eras el hijo de Cublai. Ignoraba que hubiera en el imperio otro señor tan poderoso. También el Rey de los Reyes cree que es su hijo el que ha venido a ponerse al frente de los ejércitos de este reino.

Zaghi vio levantarse en ese instante delante de sus ojos la horca de setenta pies de altura. Se puso de pie, tosiendo fuertemente y

llevándose la mano a la garganta, y oyó la voz que le decía: — Hijo mío, es necesario apresurarse a ser feliz...

Cuando se quedó solo, dio en pensar que los harapos como vestido, las yerbas de los campos como alimento y las ramas de los árboles como lecho no eran cosas tan detestables como había creído antes; pero comprendió cuán inútil es desear que un arroyo remonte su propio cauce para volver a la fuente de donde salió, y la figura tranquila del lama que ni temía la muerte ni amaba la vida, se fijó para siempre en su espíritu. Reflexionó durante todo ese día y toda esa noche. A la mañana, pasó en revista a sus guardias, examinándolos cuidadosamente. Eligió uno; era un tártaro de pequeña estatura, de espaldas cuadradas, cuello corto y grueso, cara redonda, pómulos salientes, nariz chata, color terroso, recios cabellos y una magnífica expresión de ferocidad en los ojos oblicuos. Lo condujo a su cámara. El soldado temblaba de espanto. Le entregó un largo puñal de mango precioso, encerrado en una vaina que era un prodigio de orfebrería.

— Desde este momento, le dijo, no te apartarás de mí. Cuando me oigas decir: ¡Hiere!, me clavarás este puñal por la espalda en el corazón. Si no aciertas, te haré descuartizar por cuatro caballos.

Y desde este instante el antiguo mendigo sólo se ocupó en buscar la felicidad.

Sus partidas de caza eran maravillosas. En vez de jaurías llevaba leones amaestrados que ojeaban el bosque y perseguían a las bestias salvajes, sujetándolas, para que el cazador las atravesara con su lanza o con sus jabalinas. A veces los leones domésticos encontraban leones de las selvas y se trababan con ellos en luchas espantosas, atronando la tierra con sus rugidos. Otras veces se entretenía en lanzar a sus elefantes en persecución de los osos y desde lo alto de su pequeño castillo, que bamboleaba sobre el dorso de un paquidermo, veía a las fieras erguirse sobre sus patas, gruñendo horriblemente y al elefante que las envolvía en su formidable trompa y les partía el espinazo de un solo estrujón. En su caballo árabe, rápido como la mirada, se precipitaba detrás de los ciervos y de los jabalíes, lanzando penetrantes gritos, como los guerreros en los combates.

Sus festines eran iguales a los del Rey de los Reyes. En el gran patio de mármol del palacio del Khan, se levantaba su mesa, siete palmos más elevada que las otras. Al beber miraba al mediodía, para que su brazo derecho recibiera los últimos rayos del sol poniente. Los oficiales nobles que le servían tenían la boca cubierta con bandas de seda para que su aliento no tocara los manjares. Una orquesta dejaba oír músicas guerreras o delicadas armonías, y bailarinas, saltimbanquis y prestidigitadores, vestidos con trajes resplandecientes, exhibían su arte y su destreza, agitándose sobre la capa de polvo de oro que cubría el suelo.

Un día ordenó que se reunieran todos los ejércitos y fue aclamado por cien mil hombres. Otro día se hizo llevar a su palacio las doncellas más hermosas de la ciudad. Otro día hizo escribir su nombre en un altar y mandó que todos los príncipes y señores de la corte batieran delante de él incensarios de oro. Otro día soñó que marchaba sobre Cambalú, a la cabeza de un millón de soldados, para destronar a Cublai.

Pero en cada una de las horas de voluptuosidad y de placer, oía la misma voz monótona: — Hijo mío, apresúrate; es preciso ser feliz... y Zaghi se volvía al tártaro que debía matarlo y le decía con los ojos: — Todavía no; aún no soy feliz.

Una vez pensó que podía huir muy lejos; al fondo de la provincia de Catay, a las islas Cipango, al país de Nanghi o al reino del Preste Juan; pero ¿dónde iría que no lo alcanzara la terrible justicia del Rey de los Reyes?

Hacía tres semanas que el vagabundo era el más poderoso señor del imperio, cuando le anunciaron que el mismo sacerdote de Budha que se negó a arrodillarse a su presencia, había regresado de su viaje a Cambalú y abrigaba la singular pretensión de ser recibido de nuevo por el príncipe. Zaghi, sin pronunciar una palabra, sacó de un cofre el traje de harapos con que en otro tiempo recorría los caminos y dormía en las copas de los árboles. Se desprendió de sus vestiduras magníficas y convertido otra vez en un mendigo, se dirigió a la puerta de su palacio. El lama lo aguardaba:

— ¿Es ya tiempo? preguntó Zaghi simplemente.

— Sí, respondió el discípulo de Fo.

Y ambos tomaron en silencio el camino de Pekín. El soldado tártaro lo seguía, jugando con su puñal.

Marcharon durante diez días. Al llegar al gran puente de mármol de veinticuatro arcadas, tendido sobre el río Pulisacnitz, el lama dijo al mendigo:

— El Gran Khan te espera en el bosque de los faisanes.

Cublai está de caza. Su triple tienda se levantaba en medio de un claro abierto en la selva; estaba formada por columnatas de madera preciosa, adornadas de magníficas esculturas y cubiertas de pieles de león y de leopardo, por fuera, y de armiño y de marta por dentro; cordones de seda la sujetaban y ondulaba sobre ella el estandarte real.

Detrás se alzaba el número infinito de las tiendas de los servidores y de los guardias. La animación y la vida que reinaban en el campamento le daban el aspecto de una gran ciudad.

Cuando Zaghi pasó el dintel de la tienda del Gran Khan, se postró en tierra y besó el polvo; después se acercó arrastrándose, sobre las manos, la frente y las rodillas.

Cublai examinaba con sorpresa al miserable ser, jorobado y harapiento, que se retorció a sus pies como un gusano.

— Mati Dvasia, ¿es éste el hombre que ha usurpado mis armas? preguntó, dirigiéndose al lama.

— Escúchame, rey poderoso, murmuró Zaghi, suplicante.

Y, a un ademán del monarca, refirió su historia.

— ¿Dónde está ese soldado que debe matarte?, preguntó Cublai.

— Me aguarda en la puerta de tu tienda. Si eres magnánimo, déjame ir para que yo le diga: Hierre. Ya he sido dichoso, pues te he visto.

El Gran Khan reflexionó un instante.

— No, dijo, no morirás aún. Soporta el suplicio que tú mismo te has impuesto; pero que mi soldado tártaro te mate en el momento en que vayas a ser feliz, no en el momento en que lo seas: cuando te dispongas a besar los labios de una mujer, a montar en un hermoso caballo, a recoger la fiera o el ave que caces, a hacer sufrir a un enemigo. Vete; eres libre.

Entonces se oyó la risa burlona del lama.

— ¿Por qué ríes, Mati Dvasia? preguntó el Khan con dulzura.

— Príncipe poderoso, me río de tu sentencia.

Cublai frunció las cejas.

— Acuérdate, sacerdote, repuso, de que mi antepasado el Khan Gengis preguntó una vez a sus oficiales: ¿Cuál es la dicha de los hombres? Y ellos respondieron: Ir de caza en un magnífico caballo, en medio de la primavera, con un halcón en el puño, y verlo lanzarse y coger la presa. Entonces dijo el emperador: Os equivocáis; la dicha de los hombres es vencer a los enemigos, empujarlos delante de sí, como un huracán; ver llorar a las personas que los aman, gozar de sus mujeres y de sus hijas, quitarles sus bienes y embridar sus caballos.

— Cublai, dijo el lama, con voz serena; el Gran Khan Gengis se engañaba, como sus oficiales. Tú has condenado a Zaghi al mismo tormento a que la naturaleza te ha condenado a ti y a tus súbditos. Para los hombres la muerte llega siempre en el momento en que van a ser felices; por lo menos así lo creen ellos durante esta larga espera de la felicidad que es la vida.

El Rey de los Reyes respondió.

— Eres sabio, discípulo de Budha. Diríase que Confou-tsé ha hablado por tu boca.

(*Revista de Letras y Ciencias Sociales*, Tucumán, III, núm. 17, 1905).

EN LAS MONTAÑAS

Los dos viajeros bebían el último vaso de vino, de pie al lado de la hoguera. La brisa fría de la mañana hacía temblar ligeramente las alas de sus anchos sombreros de fieltro. El fuego palidecía ya

bajo la luz indecisa y blanquecina de la aurora; se esclarecían vagamente los extremos del ancho patio, y se trazaban sobre las sombras del fondo las pesadas columnas de barro que sostenían el techo de paja y cañas.

Atados a una argolla de hierro fija en una de las columnas, dos caballos completamente enjaezados, esperaban, con la cabeza baja, masticando con dificultad largas briznas de yerba. Al lado del muro, un indio joven, en cuclillas, con una bolsa llena de maíz en una mano, hacía saltar con la otra hasta su boca los granos amarillos.

Cuando los viajeros se disponían a partir, otros dos indios se presentaron en el enorme portón rústico. Levantaron una de las gruesas vigas que incrustadas en los muros cerraban el paso y penetraron en el vasto patio. Su aspecto era humilde y miserable, y más miserable y humilde lo tornaban las chaquetas desgarradas, las burdas camisas abiertas sobre el pecho, las cintas de cuero, llenas de nudos, de las sandalias, las monteras informes, debajo de las cuales caían, cubriendo las orejas y uniéndose bajo la barba, los extremos de los dudosos gorros de lana gris.

Se aproximaron lentamente a los viajeros, que saltaban ya sobre sus caballos, mientras el guía indio ajustaba a su cintura la bolsa de maíz y anudaba fuertemente en torno de sus piernas los lazos de sus sandalias.

Los viajeros eran jóvenes aún; alto el uno, muy blanco, de mirada fría y dura; el otro, pequeño, moreno, de aspecto alegre.

— Señor... murmuró uno de los indios. El viajero blanco se volvió a él.

— Hola, ¿qué hay, Tomás?

— Señor... déjame mi caballo...

— ¡Otra vez, imbécil! ¿Quieres que yo viaje a pie? Te he dado en cambio el mío, ya es bastante.

— Pero tu caballo está muerto.

— Sin duda, está muerto; pero es porque lo he hecho correr quince horas seguidas. ¡Ha sido un gran caballo! El tuyo no vale nada; míralo, hace gestos con los huesos de las costillas y de las ancas. ¿Crees tú que soportará muchas horas?

— Yo vendí mis llamas para comprar ese caballo para la fiesta de San Juan... Además, señor, tú has quemado mi choza.

— Cierto, porque viniste a incomodarme con tus lloriqueos. Yo te arrojé un tizón a la cabeza para que te marcharas y tú desviaste la cara y el tizón fue a caer en un montón de paja. No tengo la culpa. Debiste recibir con respeto mi tizón. Y ¿tú qué quieres, Pedro? preguntó dirigiéndose al otro indio.

— Vengo a suplicarte, señor, que no me quites mis tierras. Son mías. Yo las he sembrado.

— Este es asunto tuyo, Córdoba, dijo el caballero, dirigiéndose a su acompañante.

— No, por cierto; éste no es asunto mío. Yo he hecho lo que me encomendaron. Tú, Pedro Quispe, no eres dueño de esas tierras. ¿Dónde están tus títulos? Es decir, ¿dónde están tus papeles?

— Yo no tengo papeles, señor. Mi padre tampoco tenía papeles, y el padre de mi padre no los conocía. Y nadie ha querido quitarnos las tierras. Tú quieres darlas a otro. Yo no te he hecho ningún mal.

— ¿Tienes guardada en alguna parte una bolsa de monedas? Dame la bolsa y te dejo las tierras.

— Yo no tengo monedas ni podría juntar tanto dinero.

— Entonces, no hay nada más que hablar. Déjame en paz.

— Págame, pues, lo que me debes.

— ¡Pero no vamos a concluir nunca! ¿Me crees bastante idiota para pagarte una oveja y algunas gallinas que me has dado? ¿Imaginaste que íbamos a morir de hambre?

El viajero blanco, que empezaba a impacientarse, exclamó:

— Si seguimos escuchando a estos dos imbéciles nos quedamos aquí eternamente...

La cima de la montaña, en el flanco de la cual se apoyaba el amplio y rústico albergue, comenzaba a brillar herida por los primeros rayos del sol. La estrecha hondonada se iluminaba lentamente y la desolada aridez del paisaje, limitado de cerca por las sierras negruzcas, se destacaba bajo el azul del cielo cortado a trechos por las nubes plomizas que huían.

Córdoba hizo una seña al guía que se dirigió hacia el portón. Detrás de él salieron los dos caballeros.

Pero Quispe se precipitó hacia ellos y asió las riendas de uno de los caballos. Un latigazo en el rostro lo hizo retroceder. Entonces los dos indios salieron del patio, corrieron velozmente hacia una colina próxima, treparon por ella con la rapidez y la seguridad de las vicuñas y al llegar a la cumbre tendieron la vista en torno suyo.

En las gargantas y en los desfiladeros amarilleaban los pastos recién cortados; en las márgenes de los arroyos, los pajonales y las cortaderas limitaban los cauces con un muro caprichoso y ondulante; algunos rebaños de cabras y de llamas corrían por las lomas o desaparecían en las grietas de los cerros, y aquí y allí una humareda anunciaba la proximidad de una choza o de un campamento de indios viajeros.

Pedro Quispe aproximó a sus labios el cuerno, que llevaba colgado a su espalda y arrancó de él un son grave y prolongado. Detúvose un momento y prosiguió después con notas estridentes y rápidas.

Los viajeros comenzaban a subir por el flanco de la montaña; el guía con paso seguro y firme, marchaba indiferente, devorando sus granos de maíz. Cuando resonó la voz de la bocina, el indio se

detuvo, miró azorado a los dos caballeros y emprendió rapidísima carrera por una vereda abierta en los cerros. Breves instantes después desaparecía a lo lejos.

Córdoba, dirigiéndose a su *compañero*, exclamó:

— El guía... Y ¿para qué lo necesitamos? Temo algo peor.

Alvarez detuvo su caballo y miró con inquietud en todas direcciones.

La bocina seguía resonando y en lo alto del cerro la figura de Pedro Quispe se dibujaba en el fondo azul, sobre la rojiza desnudez de las cimas.

Diríase que por las cuchillas y por las encrucijadas pasaba un conjuro; detrás de los grandes hacinamientos de pasto, entre los pajonales bravíos y las agrias malezas, bajo los anchos toldos de lona de los campamentos nómades, en las pueras de las chozas y en las cumbres de los montes lejanos, veíanse surgir y desaparecer rápidamente figuras humanas. Deteníanse un instante, dirigían sus miradas hacia la colina en la cual Pedro Quispe arrancaba incesantes sonos a su bocina y se arrastraban después por los cerros, trepando cautelosamente.

Alvarez y Córdoba seguían ascendiendo por la montaña; sus caballos jadeaban entre las asperezas rocallosas, por el estrechísimo sendero, y los dos caballeros, hondamente preocupados, se dejaban llevar en silencio.

De pronto, una piedra enorme desprendida de la cima de las sierras, pasó cerca de ellos, con un largo rugido; después otra... otra...

Alvarez lanzó su caballo a escape obligándolo a flanquear la montaña. Córdoba lo imitó inmediatamente; pero los peñascos los persiguieron. Parecía que se desmoronaba la cordillera. Los caballos, lanzados como una tempestad, saltaban sobre las rocas, apoyaban milagrosamente sus cascos en los picos salientes, y vacilaban en el espacio, a enorme altura.

En breve las montañas se coronaron de indios. Los caballeros se precipitaron entonces hacia la angosta garganta que serpenteaba a sus pies, por la cual corría dulcemente un hilo de agua, delgado y cristalino.

Se poblaron las hondonadas de extrañas armonías; el son bronco y desapacible de los cuernos brotaba de todas partes y en el extremo del desfiladero, sobre la claridad radiante que abría dos montañas, se irguió de pronto un grupo de hombres.

En ese momento, una piedra enorme chocó contra el caballo de Alvarez; se le vio vacilar un instante y caer luego y rodar por la falda de la montaña. Córdoba saltó a tierra y empezó a arrastrarse hacia el punto en que se veía el grupo polvoroso del caballo y del caballero.

Los indios comenzaban a bajar de las cimas; de las grietas y de los recodos salían uno a uno, avanzando cuidadosamente, deteniéndose a cada instante, con la mirada observadora en el fondo de la quebrada. Cuando llegaron a la orilla del arroyo, divisaron a los dos viajeros. Alvarez, tendido en tierra, estaba inerte. A su lado, su compañero, de pie, con los brazos cruzados, en la desesperación de la impotencia, seguía fijamente el descenso lento y temeroso de los indios.

En una pequeña planicie ondulada, formada por las depresiones de las sierras que la limitan en sus cuatro extremos con cuatro anchas crestas, esperaban reunidos los viejos y las mujeres el resultado de la caza del hombre. Las indias con sus cortas faldas redondas, de telas groseras, sus mantos sobre el pecho, sus monteras resplandecientes, sus trenzas ásperas que caían sobre las espaldas, sus pies desnudos, su aspecto sórdido, se agrupaban en un extremo, silenciosas, y se veía entre sus dedos la danza vertiginosa del huso y el devanador.

Cuando llegaron los perseguidores, traían atados sobre los caballos a los viajeros. Avanzaron hasta el centro de la explanada, y allí los arrojaron en tierra, como dos fardos. Las mujeres se aproximaron entonces y los miraron con curiosidad, sin dejar de hilar, hablando en voz baja.

Los indios deliberaron un momento. Después un grupo se precipitó hacia el pie de la montaña. Regresó conduciendo dos grandes cántaros y dos gruesas vigas. Y mientras unos excavaban la tierra para fijar las vigas, los otros llenaban con el licor de los cántaros pequeños jarros de barro.

Y bebieron hasta que empezó el sol a caer sobre el horizonte, y no se oía sino el rumor de las conversaciones apagadas de las mujeres y el ruido del líquido que caía dentro de las vasijas al levantarse los jarros.

Pedro y Tomás se apoderaron de los cuerpos de los caballeros y los ataron a los postes. Alvarez, que tenía roto el espinazo, lanzó un largo gemido. Los dos indios lo desnudaron, arrojando lejos de sí, una por una, todas sus prendas. Y las mujeres contemplaban admiradas los cuerpos blancos.

Después empezó el suplicio. Pedro Quispe arrancó la lengua a Córdoba y le quemó los ojos. Tomás llenó de pequeñas heridas, con un cuchillo, el cuerpo de Alvarez. Luego vinieron los demás indios y les arrancaron los cabellos, los apedrearon y les clavaron astillas en las heridas. Una india joven vertió, riendo, un gran jarro de chicha sobre la cabeza de Alvarez.

Moría la tarde. Los dos viajeros habían entregado, mucho tiempo hacía, su alma al Gran Justiciero, y los indios fatigados, hastiados ya, indiferentes, seguían hiriendo y lacerando los cuerpos.

Luego fue preciso jurar el silencio. Pedro Quispe trazó una cruz en el suelo y vinieron los hombres y las mujeres y besaron la cruz.

Después desprendió de su cuello el rosario que no lo abandonaba nunca y los indios juraron sobre él, y escupió en la tierra y los indios pasaron sobre la tierra húmeda.

Cuando los despojos ensangrentados desaparecieron y se borraron las últimas huellas de la escena que acababa de desarrollarse en las asperezas de la altiplanicie, la inmensa noche caía sobre la soledad de las montañas.

(*Revista de Letras y Ciencias Sociales*, Tucumán, V, núm. 29, 1906. Reproducido en *El Cojo Ilustrado*, de Caracas, XVI, núm. 368, 1907. También lo reprodujo José Sanz y Díaz en la *Antología de cuentistas hispanoamericanos* publicada por Aguilar (Madrid, 1945), con el título de *Justicia india*. A su vez, el antologista señala que sacó el cuento de *La Gaceta*, de Bolivia, La Paz, 1933. Evidentemente, el título no fue cambiado por Jaimes Freyre).

EN UN HERMOSO DIA DE VERANO

Terminadas las fiestas con que fueron recibidos en el pueblo los seis mozos, después de un año de ausencia, Pablo, como sus compañeros, reanudó sus antiguas tareas. Sentado a la puerta de su choza, desde la mañana hasta la noche, cortaba y pulía pequeños pedazos de madera ahuecándolos y tallándolos cuidadosamente, para que resultaran verdaderas obras de arte. El joven indio era, sin duda, uno de los más hábiles obreros de la aldea, y los estribos que salían de sus manos hallaban siempre buena acogida entre los arrieros y los pequeños traficantes que recorrían el valle con sus caballos y sus mulos, cargados de barricas de vino. La aldea india era una pequeña agrupación de casas de barro y cañas; un rincón del mundo, con un valle ancho y pedregoso al frente y una serranía rocallosa y áspera a la espalda. Sobre estas rocas y estas asperezas se apoyaban las chozas, eslabonadas como una cadena, ocultas bajo las ramas espinosas de un bosque que descendía hasta el lecho del río, como un oasis entre las dos desolaciones del valle y de la sierra. Los primeros habitantes de ese bosque derribaron los árboles que faldeaban una de las montañas, y en el claro construyeron su población, dejando el pequeño y apretado ejército de troncos espinosos que la separaba del río.

Por las laderas y entre los árboles corrían confundidos niños y cabras. En una depresión de las montañas se abría una quebrada, donde crecía el pasto y ondulaba un verde océano de maíz. Los indios de la aldea eran los dueños de esa quebrada y los productos de la tierra y la fabricación de estribos, célebres en toda la comarca, daban al pueblo tranquilidad y bienestar.

Pablo había llenado su servicio de un año en los caminos. Fue por las fiestas de San Juan y por las fiestas de San Juan regresó. Era fuerte, ágil y valeroso. Sabía correr al lado de los caballos,

guiando a los viajeros, sin fatigarse jamás; sabía atar con fuertes nudos las cuerdas que sostenían las cargas en el lomo de las acémilas. Su trabajo fue penoso, porque le tocó un largo trayecto por entre agrias serranías, y los viajeros son a menudo impacientes y crueles, y lo mismo en las horas heladas de la mañana que bajo el sol ardorósimo del medio día y en la noche oscura, bajo la lluvia y el viento o en medio de la tempestad, hacía y deshacía su camino, subía y descendía las sierras, evitando el abismo, rodeando los grandes peñascos y hundiéndose en el agua de los ríos. Pero había cumplido su deber y el Estado no podía exigirle más. Cuando regresó a la aldea fue recibido con músicas y grandes libaciones. Dos días y dos noches danzó y bebió con sus compañeros. Después fue al bosque, derribó un árbol corpulento, de madera fuerte y dócil, lo dividió en infinitos pedazos, los llevó a su choza y volvió a ser el antiguo obrero, inteligente y hábil.

Todo el pueblo sabía que Pablo debía casarse con Juliana, cuando Juliana cumpliera doce años; así había sido pactado entre los padres de ambos, hacía muchísimo tiempo; pero sabía también que el viejo Tomás, después de muerto el padre de Pablo, vacilaba en cumplir lo convenido. Y esto era porque al lado de su tierra estaba situada la tierra de otro mozo, y Tomás quería casar a este otro mozo con su hija para juntar las tierras. Y no había otro motivo.

Todos los viejos del pueblo censuraban la conducta de Tomás; pero decían: Juliana no es nuestra hija. Y Pablo, triste y ceñudo, trabajando desde la mañana hasta la noche en la puerta de su choza, veía pasar, al caer la tarde, al viejo indio y a Juliana y al mozo Marcos, que regresaban de cultivar sus campos de maíz.

Y cuando el pueblo se reunía para celebrar las fiestas o para asistir a las procesiones religiosas o para ir a llorar y a beber en el cementerio o en la margen del camino, Pablo sentado sobre una roca hacía gemir durante horas enteras su quena, dulce y triste.

Avanzaba la primavera. Los chulques y los quinchamales del bosque, los molles, gruesos y altos, que cubrían las chozas, espesaban su fronda. El río crecía ensanchando su lecho. Aumentaba el número de los viajeros que penetrando por el bosque, iban a detenerse delante de las casas del pueblo, donde a ambos lados de las puertas, sobre largas tablas fijadas en los muros, se alineaban los estribos de madera, ostentando caprichosos tallados y pequeñas argollas blancas y brillantes por donde pasaban las correas que penden de las sillas. Y las mujeres indias corrían a ofrecer leche a los viajeros, llevando sobre los hombros pequeños cántaros de barro; las ramas espinosas herían al paso sus piernas y sus brazos desnudos, y flotaban sobre las espaldas y sobre el seno los groseros mantos de lana.

El cacique recordó a los mozos del pueblo que se aproximaba la estación de las lluvias, y todos los indios jóvenes acordaron reu-

nirse en la choza de Tomás para subir un día juntos a la montaña; porque la choza del padre de Juliana era la más alta de la aldea y los muros de su aprisco subían por las faldas de la sierra.

Una mañana, al rayar el alba, los indios efectuaron la ascensión. Pablo estaba con ellos, y como ellos, llevaba una azada en la mano. La enorme mole era escarpada y peñascosa; en las grietas y en los intersticios de las rocas, las semillas, llevadas por el viento, habían germinado, y sus ramas delgadas y largas, serpenteaban entre los peñascos. Hacia la mitad de la montaña, los mozos se detuvieron delante de una gran zanja. Las últimas lluvias y la fuerza de los vientos habían empujado una considerable cantidad de tierra y piedras a la enorme hendidura que estaba semicegada. Los indios emprendieron arduosamente su trabajo y algunas horas más tarde la zanja se hallaba libre de piedras y de tierra.

Cuando volvieron a la aldea, Pablo los dejó ir y apoyado en su azada, permaneció algún tiempo inmóvil y silencioso. A sus pies se extendía la mole rocallosa, después las chozas, con sus techos negros y pajizos; más allá el bosque, luego el valle pedregoso y árido, cerrado por su línea de colinas. A derecha e izquierda aumentaban las ondulaciones del terreno y el valle parecía cerrarse en un horizonte próximo. En las lejanías, los altos picos nevados alzaban sus crestas por encima de las nubes anchas y brillantes.

El indio continuó así hasta la puesta del sol. Entonces descendió a su choza. La aldea estaba tranquila y sólo los perros vigilantes descubrían el paso de Pablo, cerca de las tapias de los apriscos.

Al día siguiente Tomás anunciaba a sus vecinos que el matrimonio de Juliana y de Marcos se celebraría el día de Pascua de Resurrección, y los vecinos, al oírlo, sacudían la cabeza murmurando: eso no está bien hecho; pero volvían a sus chozas y hablaban a sus mujeres de preparar los regalos para los novios, a fin de que sus provisiones fueran suficientes para un año; porque los esposos no deben conocer las tristezas del trabajo ni pensar en otra cosa que en su amor durante los primeros doce meses de unión. Y en la choza de Marcos se construía ya la habitación que debía guardar los presentes de los amigos.

Pablo trabajaba en la puerta de su cabaña, cuando se acercó a él un joven indio para darle la mala nueva. La oyó sin dejar de la mano el trozo de madera que redondeaba con un cepillo, y cuando su compañero terminó su relación, el mozo se puso a contemplar fijamente su obra; después la dejó a un lado y sin decir una palabra se encaminó lentamente hacia la casa de Tomás. El otro indio levantó su poncho, desprendió de su cintura un saquito de maíz, se agazapó en el suelo, y empezó a devorar los granos, esperando tranquilamente la vuelta del mozo.

Una hora después regresó Pablo.

— Era cierto, José Celis, murmuró.

José Celis se levantó, volvió a poner su saco de maíz en la cintura y dijo:

— Yo labraré el campo de Marcos el segundo mes. Tú puedes labrarlo el tercero.

— ¡No! exclamó bruscamente Pablo.

José lo miró un instante; después, asiéndolo de un brazo, le dijo en voz baja:

— Si quieres hacer algo, te ayudaré; tú me has salvado dos veces; pero ya sabes que hay cárceles y que los blancos fusilan. Y se fue.

Pablo se encerró en su choza y no salió de ella durante todo el día. En la noche se oyó sonar su quena.

Era un gemido largo y lamentable que rompía plañideramente el silencio. Y los perros respondían ladrando y aullando al sonido de la quena. Y así pasó toda la noche.

Al otro día, los vecinos pudieron verlo alineando como siempre los estribos en las tablas del muro y trabajando silenciosamente con los ojos fijos en los trozos de madera.

Cuando declinó la tarde, se dirigió a la choza de José.

Poco después la noche caía sobre el valle, pero la luna se levantaba detrás de las montañas, tendiendo un amplio velo blanco sobre el bosque, bañando de resplandores las ramas negras de los árboles y bruñendo el agua clara del río. Los picos salientes de las rocas se esclarecían, mientras las tinieblas se espesaban en las grietas de los cerros.

Cuando se ocultó la luna, Pablo y José, con azadas y picos en las manos, salieron de la choza y entraron en el bosque; lo atravesaron hasta llegar a la zanja y reposaron un instante. Después dieron principio a su trabajo. Arrancaban con los picos grandes pedazos de roca y los empujaban al fondo; luego, con las azadas los cubrían de tierra. Así trabajaron hasta que las estrellas empezaron a palidecer. Entonces arrojaron los instrumentos y se precipitaron hacia la falda de la montaña. Aún no había aparecido el alba cuando ellos se encerraban en sus chozas.

A la noche siguiente reanudaron su trabajo y, después, al ocultarse la luna, volvían a la montaña, y cuando la luna los sorprendía en medio de la tarea, se escondían en la zanja para no ser descubiertos desde el pueblo.

Y pasaban las noches y la ancha hendidura iba desapareciendo. Pacientemente, sin cruzar una palabra, los dos indios llevaban su enorme labor y sólo la proximidad de la mañana daba descanso a sus cuerpos rendidos y cubiertos de sudor.

Borrada de la inmensa mole la línea de la zanja, Pablo y José removieron la tierra y las piedras, en la ladera de la montaña.

Terminaron esta nueva obra cuando el verano reinaba en toda su fuerza y caían las primeras lluvias.

La estación muerta.

Los viajeros no llegaban a la aldea y era necesario llevar lejos los productos para venderlos. Cesaba durante tres meses el trabajo de los obreros, porque los restos de la labor del invierno y de la primavera bastaban para el escaso tráfico. El sol caldeaba y hacía relampaguear las piedras en las márgenes del río. En la tarde se cubría el cielo de espesas nubes y la lluvia, regular y monótona, caía sobre el valle y anegaba el pueblo.

Al rayar el alba los indios dirigían sus miradas inquietas hacia la cumbre de la montaña, donde brillaban los hilos de agua. Después tranquilizados, reanudaban sus tareas.

Fue durante la fiesta de Nuestra Señora de la Candelaria cuando ocurrió la catástrofe.

Los indios, vestidos de gala, acudían danzando y tocando el tamboril y la zampoña, a la blanca iglesia del pueblo. Había llovido torrencialmente en los últimos días y el cielo se presentaba entonces puro y sereno. Ni una sola nube cruzaba por el espacio. El sol, enorme y encendido, empezaba a inclinarse sobre el poniente.

Los aldeanos celebraban su fiesta. La campana, echada al vuelo, resonaba sin cesar y la pequeña planicie, cubierta de yerba, que rodeaba el templo, resplandecía gozosa con las músicas y la luz brillante del sol.

Pero de pronto cesaron los juegos y las danzas. Un hombre señalaba con el brazo extendido la cima de la montaña y todos los indios, agrupándose junto al muro de la iglesia, contemplaron en silencio el fenómeno que empezaba a producirse en las alturas.

Todos los años, durante la estación de las lluvias, una enorme masa de agua se detiene en las concavidades superiores de las sierras. Cuando esa masa desborda, rueda mugiendo por los flancos de las montañas y arrastra cuanto encuentra a su paso. La tornan pesada y espesa la tierra y los peñascos, y es una gigantesca ola de fango.

Los indios vieron inclinarse lentamente las rocas más elevadas de la montaña; rodaron después los primeros peñascos; se abrió un ancho canal en la cima y apareció la negra y movable onda de lodo. Llenó rápidamente las hendiduras y las grietas de las piedras y empezó su descenso.

(*Revista de Letras y Ciencias Sociales*, Tucumán, VI, núm. 33, 1907; reproducido en *El Cojo Ilustrado*, Caracas, XVI, núm. 377, 1907).